LUGARES DE ESCRITURA: EL MONASTERIO

RAMON BALDAQUÍ ESCANDELL (ED.)

PUBLICACIONS
UNIVERSITAT D'ALACANT

LUGARES DE ESCRITURA: EL MONASTERIO

RAMON BALDAQUÍ ESCANDELL (ED.)

LUGARES DE ESCRITURA:
EL MONASTERIO

PUBLICACIONS DE LA UNIVERSITAT D'ALACANT

BOLETÍN DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CIENCIAS Y TÉCNICAS HISTORIOGRÁFICAS

ACTAS DE LAS XI JORNADAS DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CIENCIAS Y TÉCNICAS HISTORIOGRÁFICAS

Junta Directiva y Consejo de Redacción:

Presidenta: Dra. D^a María del Pilar Ostos Salcedo, Universidad de Sevilla

Secretario: Dr. D. Miguel Calleja Puerta, Universidad de Oviedo

Vocales: Dr. D. José Miguel López Villalba, Universidad Nacional de Educación a Distancia

Dra. D^a Mireia Comas Via, Universidad de Barcelona

Tesorero: Dr. D. Antonio María Claret García Martínez, Universidad de Huelva

Comité organizador de las XI Jornadas

Coordinador: Dr. D. Vicent-Ramon Baldaquí Escandell

Secretarios: Dr. D. Antonio Carrasco Martínez

Prof^a. D^a María Mercedes Guijarro Antón

Vocales: Dra. D^a Verónica Mateo Ripoll

Prof. D. Antonio Ramón Couto de Granja

Responsable de la edición: Dr. D. V. Ramon Baldaquí Escandell

ISBN: 978-84-16724-05-5

Dipòsit legal: A 192-2016

Disseny de coberta: candela ink.

Composició: Patricia Barbero

Impressió i enquadernació: XXXXXXXXXXXX

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11	
PONENCIAS	15	
JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ FLÓREZ (Universidad de Burgos) <i>Escribir en los monasterios altomedievales del Occidente peninsular (siglos VIII-XII)</i>		17
ANA SUÁREZ GONZÁLEZ (Universidad de Santiago de Compostela) <i>Silencio, como en el claustro. Entre libros cistercienses de los siglos XII y XIII</i>		69
MARÍA LUISA GARCÍA VALVERDE (Universidad de Granada) <i>«A son de campana tañida, conviene a saber...». Escritura, claustro y mujer en el Antiguo Régimen</i>		123
MARÍA ENCARNACIÓN MARTÍN LÓPEZ (Universidad de León) <i>Las inscripciones en el monacato hispano: contexto, mensaje e intencionalidad</i>		153
LUIS MIGUEL DE LA CRUZ HERRANZ (Archivo Histórico Nacional de España) <i>El archivo monástico. Entre la gestión de su administración y la gestión de su memoria histórica</i>		177
COMUNICACIONES	231	
ELENA RODRÍGUEZ DÍAZ (Universidad de Huelva) <i>Sobre libros y monasterios castellanos en el siglo XV</i>		233

JOSÉ MARÍA DE FRANCISCO OLMOS (Universidad Complutense de Madrid) <i>La moneda monástica de Sahagún. Origen y desarrollo</i>	249
VIRGINIA MARÍA CUÑAT CÍSCAR (Universidad de Cantabria) <i>La imprenta en los monasterios españoles (siglos XV al XVIII): talleres para usos librarios y documentales</i>	269
MARIA JOÃO OLIVEIRA E SILVA (Universidad de Oporto) <i>Probationes pennae: enseñar y aprender a escribir en los monasterios de la diócesis de Oporto en la Edad Media</i>	287
FRANCISCO SAULO RODRÍGUEZ LAJUSTICIA (Universidad de Cantabria) <i>Tipologías documentales del primer cenobio cisterciense de la Corona de Aragón durante el siglo XIV: el monasterio de Santa María de Veruela (Zaragoza)</i>	295
NÉSTOR VIGIL MONTES (Universidad de Oviedo) <i>Un notario apostólico al servicio de un monasterio. Suero Peláez y el monasterio de San Pelayo de Oviedo (1429-1461)</i>	311
JUAN CARLOS GALENDE DÍAZ, NICOLÁS ÁVILA SEOANE, SUSANA CABEZAS FONTANILLA (Universidad Complutense de Madrid) <i>El libro-registro monacal de la Concepción de Escalona</i>	327
ALICIA MARCHANT RIVERA Y LORENA BARCO CEBRIÁN (Universidad de Málaga) <i>Las Jerónimas de San Pablo de Toledo en la sección Clero del Archivo Histórico Nacional: mujer, escritura y producción documental</i>	349
MARÍA TERESA CARRASCO LAZARENO (Universidad Autónoma de Madrid) <i>«Promissio subjectionis, reverentiae et obedientiae». Cartas de abadesas al primado de Toledo (siglos XIII y XIV)</i>	361
ALEJANDRO CELSO GARCÍA MORILLAS (Universidad de León) <i>Las explanaciones en el monasterio: la actividad publicitaria con fines pedagógicos</i>	373

IRENE PEREIRA GARCÍA (Universidad de León) <i>Las inscripciones medievales del monasterio de San Millán de la Cogolla</i>	387
NATALIA RODRÍGUEZ SUÁREZ (Universidad de León) <i>La escritura publicitaria del Beato de San Miguel de la Escalada</i>	409
FRANCISCO R. MARSILLA DE PASCUAL (Universidad de Murcia) <i>La escritura publicitaria en el Libro Becerro del convento de Trinitarios de Murcia y sus calígrafos-iluminadores (siglo XVII)</i>	417
MARÍA JOSÉ DíEZ HERMANO (Universidad de Valladolid) <i>Escribir para conservar: El priorato de San Martín de Frómista a través del índice de San Zoilo de Carrión</i>	427
FRANCISCO JAVIER MOLINA DE LA TORRE (Universidad de Valladolid) <i>La llegada del libro primero de la Historia del monasterio de San Benito de Valladolid de fray Mancio de Torres a la Biblioteca Histórica de Santa Cruz: sus peripecias durante la Desamortización</i>	445
PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN	467
ANA SUÁREZ GONZÁLEZ (Universidad de Santiago de Compostela) <i>Libros, memoria y archivos: cartularios monásticos del noroeste peninsular (siglos XII y XIII)</i>	469
CONCEPCIÓN MENDO CARMONA (Universidad Complutense de Madrid) MARÍA JESÚS TORRENS ÁLVAREZ (CSIC) <i>Primeras tradiciones de escritura romance en Castilla. Monasterios burgaleses</i>	477
MARÍA LUISA DOMÍNGUEZ GUERRERO (Universidad de Sevilla) <i>Escritura y ciudad en la Corona de Castilla (siglos XIII-XVII)</i>	487

«A SON DE CAMPANA TAÑIDA, CONVIENE A SABER...»: ESCRITURA, CLAUSTRO Y MUJER EN EL ANTIGUO RÉGIMEN

MARÍA LUISA GARCÍA VALVERDE
Universidad de Granada
marisagv@ugr.es

INTRODUCCIÓN

A son de campana tañida es el sonido que acompaña a la religiosa desde la mañana a la noche, es el primer sonido que escucha cuando se despierta y el que la despide cuando se retira a su celda, le acompaña y la dirige en el trabajo y en el descanso, cuando reza y cuando canta, cuando recibe una visita y cuando la requieren para alguna actividad. Es el sonido que la recibe cuando ingresa por primera vez entre los muros conventuales y el que le acompaña en el momento de su muerte.

A son de campana tañida, como lo han de uso e de costumbre conviene a saber... es la fórmula y el sonido que sirve para reunir a la comunidad cuando se produce un acto de gobierno o administración, cuando realizan un contrato con un administrador, un censo, un arrendamiento, una cesión, una capellanía y en todos los documentos públicos que se deben realizar cuando una mujer quiere ingresar en un convento: alimentos, compromiso de dote, dote y pago de dote.

El mundo de la clausura, contrariamente a lo que se dice, no es un mundo silencioso, está lleno de sonidos, distintos a los cotidianos, pero al fin y al cabo sonidos, que quedan apresados entre los muros conventuales; tal vez este sea el motivo por el que el mundo femenino en el ámbito religioso sea tan desconocido, porque los muros del convento se han convertido en frontera natural que aísla a la mujer no solo del mundo exterior, sino también impide el cono-

cimiento y el estudio de esta realidad tan frecuente a lo largo de la Edad Media y de la Moderna.

En el microcosmos conventual convivían las religiosas de coro, las legas o frailas y las novicias sujetas a las Reglas y Constituciones y a las actividades cotidianas de clausura. Las religiosas de coro, las que habían aportado una dote al convento al profesar, tenían voz y voto en las deliberaciones conventuales. Eran las monjas que desempeñaban los cargos directivos y de responsabilidad en el monasterio, como el de priora, abadesa o presidenta, subpriora y maestra de novicias; otros oficios como sacristana o vicaria atendían al culto de la capilla; las lectoras desempeñaban una función docente; las administradoras vigilaban la gestión económica y las archiveras-bibliotecarias custodiaban y ordenaban los documentos y libros y todas participaban en el gobierno de la Casa.

Las religiosas legas, por el contrario, se dedicaban a las actividades domésticas como cocineras, refitoleras o cantareras, trabajos que las eximían de asistir a los Oficios Divinos y estaban excluidas de cualquier cargo de gobierno y representación.

LOS ORIGENES DEL MONACATO FEMENINO

El monacato femenino aparece ya configurado en el siglo IV como una situación paralela a la de los hombres y con una fuerte componente urbana. Durante los siglos altomedievales las mujeres, siguiendo el ejemplo de los varones de su familia, fundaron monasterios para mujeres. Se trata, como hemos dicho, de centros urbanos y nobiliarios que se desarrollan, especialmente, durante los siglos VI y VII. Así por ejemplo, san Fructuoso en el siglo VII organiza a las monjas a partir del modelo masculino instituido por él¹. Los Cistercienses fundaron en 1213 una rama femenina; san Francisco extiende la nueva vida evangélica también entre las mujeres y de ahí la denominación inicial de Segunda Orden. Los dominicos, por el contrario, van a crear una rama femenina a la que le asignan como ideal de vida la oración, adoptando un papel pasivo frente al sentido de predicación que se reservaba para la rama masculina.

En la España septentrional fueron pocos los monasterios exclusivamente femeninos anteriores al 1100; la mayoría de ellos estuvieron ligados a la nobleza y a la corona para dar acogida a las mujeres de su familia cuya condición

1. G. CAVERO DOMÍNGUEZ, «El monacato medieval en el Noroeste Ibérico», *Congreso territorial del Noroeste Ibérico (Ponferrada 5-10 de noviembre 2012)*.
<https://www.yumpu.com/es/document/view/14474604/20121106-gregoria-cavero-ponencia-primer-congreso->

de viudas o solteras las conducía frecuentemente al claustro. Sin embargo, a partir del siglo XII y sustentado por la orden cisterciense y otras experiencias monásticas, se fue desarrollando el monacato femenino, bien es cierto que aún mantenía esa componente familiar y de protección que hemos visto en las primitivas etapas². Como muy bien nos indica Caveró Domínguez, recogiendo una cita de J.A. García de Cortázar:

El escenario monástico medieval desarrolló, entre sus funciones, estrategias familiares en tres direcciones: el monasterio como lugar de reserva de la riqueza familiar con especial protagonismo de las mujeres; en segundo lugar, como lugar donde se recoge la memoria familiar; y, finalmente, como escenario de las relaciones de la aristocracia propietaria con lo sacro, con la divinidad³.

Fundaciones como Palat de Rey en León, san Pelayo también en León, San Pelayo de Oviedo, Covarrubias, Oña, Arlanza o San Juan de las Abadesas responden a este origen de monasterios ligados a la familia real para dar acogida a mujeres de su familia que tendrán su máximo representante en el monasterio de Las Huelgas de Burgos.

La forma más primitiva de vida religiosa, tanto masculina como femenina, es aquella en donde cada monasterio era independiente uno de otro y cuyos miembros no estaban obligados a cambiar del lugar elegido para su forma de vida (estabilidad de lugar). En Europa Occidental esta forma de vida religiosa está representada, sobre todo, por la Orden Benedictina, cuya fundación se remonta al siglo V, y en donde a pesar de los avatares históricos, sus archivos siguen siendo excepcionales⁴.

La segunda forma de vida monástica surge en el siglo XIII con la aparición de las órdenes mendicantes. En ellas, las Órdenes están bajo la dirección de un superior que puede cambiar a los religiosos de un monasterio a otro y enviarles donde convengan según su necesidad⁵.

Un caso híbrido entre los dos será la orden del Cister que establece, por un lado la autonomía de cada monasterio y por otro la unidad de la Orden y sus

2. G. CAVERO DOMÍNGUEZ, «El monasterio medieval, sede de solar nobiliario y refugio de mujeres de la aristocracia», *Monasterios y nobles en la España del románico: entre la devoción y la estrategia*. Aguilar de Campoo, 2014, pp 99-135.

3. J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR Y RUIZ DE AGUIRRE, «Monasterios hispanos en torno al año mil: función social y observancia regular», *Ante el milenario del reinado de Sancho el Mayor: un rey navarro para España y Europa, XXX Semana de Estudios Medievales*, Pamplona, 2004, pp 222 y ss.

4. L. SAGALES CISQUELLA, «Estructura institucional y legislación sobre archivos de la Congregación cisterciense de san Bernardo de Castilla», *Memoria Ecclesiae VII*, 1995, pp. 187-206.

5. B. DUCA, S. PANDZIC, *Archivistica eclesiástica*. Vaticano, 1967, pp. 167.

costumbres. La base de su organización está constituida por abadías autónomas ligadas entre ellas por las instituciones de la Visita regular y el Capítulo General mediante una estructura claramente piramidal⁶.

Dicha estructura dará lugar a tres sistemas de representación colegiados y unipersonales: Curia Generalicia, Curia Provincial y Monasterio.

En la primera, dirigida por el General, descansa el gobierno central de la Orden o Congregación en sus dos ramas: masculina y femenina. En él se recoge la actividad del gobierno supremo, la relación con el monasterio, con la Santa Sede y con las otras instituciones o individuos eclesiásticos o civiles.

La Orden o Congregación religiosa se suele dividir en Provincias religiosas. En cada Provincia hay un superior que gobierna ambas ramas, según las indicaciones que recibe del General. Cada Provincia está compuesta por varios monasterios, a cargo de los cuales habrá un prior o priora que está bajo la dirección del provincial, lo gobierna y tiene a su cargo a los religiosos o a las religiosas según el caso.

Esta estructura piramidal tendrá su reflejo en una serie de órganos colegiados que serán los encargados de legislar en todas las materias que atañen a la vida monástica. Cada Orden tiene un Capítulo General, que era la instancia suprema de control y jurisdicción, que debe salvaguardar la observancia regular de los monasterios. La finalidad de este «parlamento», era organizar la ayuda mutua espiritual y material entre las Casas, sin atentar contra la autonomía de cada una de ellas, y hacer posible el control que evitara la arbitrariedad del superior único.

La época en que aparecen los Capítulos Generales es la misma en que se constituyen en la Iglesia los Capítulos Catedralicios y en que nace y se desarrolla en la sociedad lo que podríamos llamar el fenómeno comunal, con sus múltiples manifestaciones: cartas y privilegios que otorgan a los pueblos y, sobre todo, a las ciudades ciertas libertades y franquicias frente a los señores, que les conceden el derecho de elegir representantes y jurados que intervengan en materia de administración, de justicia y de finanzas a fin de asegurar entre todos una ayuda mutua que favorezca la causa de la paz. Hay tres ejemplos que caracterizan tres tradiciones diferentes y tres periodos sucesivos de la Institución: Cister, Cluny y las Órdenes mendicantes representadas por los franciscanos y dominicos.

A pesar de que los monjes cluniacenses existían mucho antes que los cistercienses serán éstos los primeros en organizar los Capítulos Generales, ins-

6. J. C. VALLE PÉREZ, «La introducción de la Orden del Cister en los Reinos de Castilla y León. Estado de la cuestión», *La introducción del Cister en España y Portugal*. Burgos, 1991, pp. 133-161.

tituciones que aparecen plenamente configuradas a partir de la redacción de la *Carta Caritatis* redactada en torno a 1114, cuyo texto fue posteriormente revisado y modificado. La finalidad de este *órgano supremo*, como ya hemos apuntado, será organizar la ayuda espiritual y material entre los monasterios, sin atentar contra la autonomía de cada uno de ellos⁷.

En cuanto a los cluniacenses, podemos decir que desde su origen se negaban, sistemáticamente, a constituir estos Capítulos Generales, aunque también es cierto que desde principios del siglo x se reunían de forma esporádica si bien sus deliberaciones apenas si afectaban a una sola abadía. Tendremos que esperar hasta 1231 para que Gregorio IV les impusiera su celebración, medida que suscitó una gran oposición entre todos los cenobios que se negaban a aceptar una estructura impuesta por Roma. Estas discordias se prolongaron a lo largo del siglo hasta 1289, durante el pontificado de Nicolás IV, en que los Capítulos Generales de esta Orden fueron suprimidos en su totalidad.

La tercera gran corriente está constituida por las Órdenes Mendicantes, especialmente por los Franciscanos y los Dominicos. Básicamente, la estructura de los Capítulos Generales es igual a los constituidos por las dos Órdenes anteriores, sin embargo su gran novedad reside en que es el Capítulo el que elige al maestro general a quien compete el poder ejecutivo y en dicho Capítulo toman parte no sólo los superiores sino también los simples religiosos.

A pesar de todas estas diferencias podemos observar una serie de similitudes entre todos los Capítulos Generales. Así, todos poseían competencias en materia legislativa y judicial; era también un tribunal de justicia correctivo, contencioso y administrativo. Así mismo le atañía la elección de los ministros y oficios generales. Sus decretos, ya sea a través de revocaciones y modificaciones, ya a través de simples anulaciones, darán lugar a las diversas colecciones de estatutos de la Orden, material fundamental para el conocimiento de la misma. El periodo de reuniones oscilaba de una Orden a otra siendo el máximo de cinco años y el mínimo de uno.

El Capítulo General estaba presidido por el ministro general. Su figura ya aparece configurada en tiempos san Francisco de Asís, cuando la define diciendo que: «debe el ministro contentarse con tener el hábito, un librito por hermano, un portaplumas y el sello». La alusión al librito, portaplumas y sello es el indicio de lo que más adelante será la incorporación a la estructura piramidal del registro de los documentos, su redacción y autenticación mediante el sello.

7. J. LECLERQ, «Los Capítulos Generales del Cister, de Cluny y de los Dominicos», *Concilium* 77, 1972, pp. 102-107.

En la segunda mitad del siglo XII y dentro de los Capítulos Generales se comenzaron a crear unas Comisiones o Definitorios, cuyos miembros, los definidores, van a ser los encargados de redactar las «definiciones» o decisiones. Era una comisión ágil tanto en la convocatoria de sus reuniones como en la resolución de los asuntos tratados, por lo que acabará sustituyendo a los Capítulos Generales en la organización de la Orden, quedando éstos convertidos en meros órganos supremos de aprobación. La primera Orden de la que se tiene constancia de estos Definitorios será la del Cister, siendo creados ya en 1197 y regulados como comisión consultiva de veinticinco abades por la bula *Parvus Fons* de Clemente IV de 9 de junio de 1265⁸. Dada la agilidad tanto de las convocatorias como de la resolución de los asuntos tratados, fue sustituyendo poco a poco a los Capítulos Generales quedando éstos como órganos supremos de aprobación.

En un escalón inferior se sitúan los Capítulos Provinciales, formados por los priores de las casas que formaban la provincia. El provincial se elegía cada tres años y al no disponer de un lugar fijo, sus reuniones itineraban de acuerdo al lugar de residencia del mismo en el momento de la reunión. Entre sus funciones estaba la elección y nombramiento de cargos inferiores, el examen de los estatutos de los monasterios, las informaciones y sufragios. Su misión fundamental consistía en mantener el contacto entre los monasterios y los Capítulos Generales y Definitorios, elevando a éstos aquellos negocios que por su importancia o asiduidad merecían ser tratados. A la vez, eran los encargados de realizar las visitas pastorales, remitiendo las conclusiones y actas a los Definitorios para que éstos legislaran.

El canon cuarto del IV Concilio de Letrán, celebrado en 1215, obligó a todas las órdenes que aún no lo hubieran hecho a aceptar la institución de los Capítulos Generales. La razón de esta medida la podemos encontrar en el hecho de que con la creación de los capítulos se favorecerá la centralización de las órdenes religiosas, convirtiéndose en un medio para ejercer en las mismas un control más eficaz en orden a su reforma permanente.

A partir del siglo XIV se establece la obligación de crear grupos de asesores del General y Provincial que debería incluir obligatoriamente un *scriptor*, un notario y un asistente.

Todos estos oficios, con sus específicas competencias, dentro de una institución esencialmente corporativa, estaban llamados, por una parte, a generar una tipología documental y, por otra, hacían imprescindible una amplia y ramificada organización administrativa. De ambos resultados nos han queda-

8. V. M. MÁRQUEZ, «Constitutio de Clementis Papae IV in elucidationem Cartae Caritatis. Parvus Fons», *Cistercium* 194 (1994), pp 485-502.

do no sólo la pertinente normativa sino también algunas colecciones de modelos cancellerescos y, por supuesto, un variadísimo muestrario de ejemplos que permiten establecer con cierta seguridad un proceso evolutivo en la organización documental.

Establecer un modelo de documentación tipo no es tarea fácil, ya que ésta varía según la Orden religiosa de que se trate y las circunstancias que la rodean. Así encontraremos distintos tipos documentales dependiendo de la fundación de los conventos o monasterios, pues no es igual uno de fundación medieval que otro creado durante la Edad Moderna; la ubicación es otro factor que influye en la documentación ya que existen grandes diferencias entre conventos y monasterios situados en el sur de la Península, en la capital del Reino, o en la zona norte de España. Y por último, dentro de la misma Orden y del mismo lugar también puede haber diferentes modelos atendiendo a la situación del monasterio o convento, según se encuentre asentado en una ciudad o en un medio rural.

Las primeras noticias sobre elaboración y apertura de libros nos las encontramos en las Constituciones Generales de los franciscanos, emanadas durante el siglo XIII. En concreto, en las Constituciones Narbonenses de 1260 se establece que en cada monasterio no podían faltar, entre otros:

- **Los Libros de Novicios** que debían especificar las cualidades naturales del candidato, la preparación cultural del mismo, los impedimentos, la formación religiosa y los exámenes a través de los cuales se comprobaría la suficiencia del novicio.
- **Los Inventarios y catastros de bienes** que recogían, trienalmente, los balances económicos de los Provinciales salientes. En ellos se debían anotar todas las posesiones con indicación de la categoría: bienes rústicos, urbanos, inmuebles y muebles, generalizándose a partir del siglo XIV los asientos referidos a legados y donaciones.
- **Inventario y catálogo de biblioteca y archivo** donde se recogía la forma de adquisición del fondo ya fuera por donación, legado o copia, el uso doméstico y externo de los libros, particularmente por maestros y estudiantes y hasta las sanciones de privación de los libros a causa de determinadas penas. En cuanto a los inventarios de archivos recogen el registro de escrituras, ya sean de tipo económico como bulas y privilegios, Libros de Visita con los formularios para su realización y los mandatos específicos de cada visitador.
- **Libros de benefactores** en los que se debían anotar el nombre y apellido de los benefactores del Monasterio, especialmente en el caso de ser constructores de los mismos.

- Y los *Necrologios* donde se escriben, cronológicamente, las defunciones de los religiosos y religiosas de una Comunidad, asientos que se hacían acompañar de una breve biografía del finado. Estos libros, a partir del siglo XVI, se unen con los de profesiones dando una información más clara y precisa⁹.

Pero será en la Constitución General de la Orden franciscana de 1292 donde se legisle expresamente sobre la conservación de los documentos generados en el convento al ordenar que en el archivo se deberían conservar y registrar los decretos. De igual manera en las Constituciones de 1334 se menciona los registros de obediencia, examen y aprobación de libros, visitas de provinciales y generales, recomendando su ordenación para el traspaso a los sucesores y cuidando de su contenido para el recto gobierno de la Orden.

El siglo XIV es un tiempo de transición. Los Capítulos Generales celebrados durante esta centuria van a insistir en la necesidad de mantener el decoro en los libros creados y en la necesidad de aperturarlos en aquellos lugares donde aún no se hubiese hecho. Así mismo, se insiste en la necesidad de conservar los diplomas y privilegios, tanto pontificios como reales, y sobre todo, en la necesidad de crear buenos inventarios y llevar con decencia el «arca» o «caja» del procurador.

En España, será a partir del siglo XV cuando se generalice la creación de libros registro de la actividad conventual y personal de las casas, siendo las prioras y priores o guardianes los encargados de llevarlos al día. De igual manera se establecen los registros de las ecónomas, en los que se anotan los inventarios, cuentas y balances.

El concepto y realidad de Estado Moderno instaurado en la corona de Castilla en el primer tercio del siglo XVI, exigirá una organización administrativa con su compañera inseparable, la burocracia, y su consecuencia necesaria, el archivo. La Iglesia sufre un proceso idéntico al sentir la conveniencia de justificar sus propiedades y derechos, tanto materiales como espirituales.

La situación de crisis económica que se respira en esta época, acrecentó el carácter administrativo-patrimonial de los monásticos y determinó la preocupación por reunir y conservar, en primer lugar, las escrituras y títulos justificativos de sus propiedades, creando toda clase de instrumentos que, a la larga, favorecen la pervivencia de la documentación. Es tal la utilidad de todos estos instrumentos, que llega a los Capítulos Generales y Definitorios la necesidad de ordenar al respecto, de manera que *en todos los monasterios aya*

9. J. GARCÍA ORO, « La documentación franciscana española. Notas para una archivística y diplomática franciscana », *Archivo Ibero-Americano*. XLII. 2º época (1982), pp. 7 - 74.

libros de tumbos en que estén todos los contractos y arrendamientos autorizados e importantes al monasterio.

Es en este momento cuando encontramos los libros que recogen las definiciones y memoriales dictadas por el Capítulo Provincial. Libros que deben ser custodiados por el notario de la Orden al que se le encomienda la misión de conservarlos, junto al sello, en el arca de la comunidad y presentarlos al Capítulo cada vez que éste se celebre. También es en este momento cuando se hace obligatoria la presencia de las Constituciones Generales y particulares y las Ordenaciones Provinciales. Estos libros debían estar impresos y ser leídos, al menos, tres veces a lo largo de año.

A nivel de convento las disposiciones emanadas por los Capítulos Generales se dirigen, básicamente, a las prioras y cantoras. Las primeras debían conservar el libro de tomas de hábito y aperturar un nuevo libro para las profesiones. En ellos se debía recoger no solo la filiación de la novicia, sino también, la fecha del ingreso. En cuanto a las segundas, es decir, a las cantoras, se les encomienda la conservación del libro de obituarios; libro que debía ser presentado al Capítulo Provincial para la fiscalización de los sufragios ofrecidos por cada difunta.

EL CONCILIO DE TRENTO COMO CREADOR DE DOCUMENTACION

En el último tercio del siglo XVI tendrá lugar un acontecimiento trascendental para la vida religiosa, en general, y para la conventual en particular: nos estamos refiriendo a la celebración del Concilio de Trento, que vino a crear las bases para una organización monacal distinta a la conocida hasta ese momento. Reorganización que se basa, fundamentalmente, en tres pilares: control, economía y régimen interno.

Los padres conciliares dedicaron la sesión veinticinco, *De los regulares y monjas*, a desterrar de estas instituciones los graves abusos que estaban sofocando sus constantes vitales, entre las que no faltan: fundaciones, ingresos forzosos, profesiones demasiado tempranas, desproporción entre el número de religiosas y rentas y violación de la clausura, por poner algunos ejemplos.

Esta sesión, breve en su redacción, va a constituir el verdadero nudo gordiano en la organización de las comunidades al generar un ingente volumen documental. La importancia de Trento radica no tanto en ser el generador de nuevos tipos documentales, sino que es a partir de este momento, cuando se sistematizan y se hace obligatorio su realización y conservación por parte de la comunidad, produciendo un aumento en la producción documental no solo a nivel cuantitativo, es decir, en cuanto volumen, sino también a nivel cualitativo, en cuanto a complejidad documental.

Como ya hemos apuntado, el Tridentino actuó, sobre todo, en tres grandes bloques:

- Control de la vida monástica a través de las Visitas a los mismos y el establecimiento de la jurisdicción a la que se ven sometidos;
- Económica, mediante la regularización de la adquisición y administración de su patrimonio y
- Régimen Interior, fundamentalmente con la elección de cargos, clausura y profesión.

El apartado del Control, como hemos dicho, se materializa en dos aspectos fundamentales: las Visitas a los conventos y la jurisdicción. De este segundo aspecto sólo hablaremos en el caso en que afecte a las Visitas y nos permita identificar a la persona designada para llevarla a cabo. En cuanto al primero hemos de señalar que su estructura se encuentra recogida en los capítulos ocho, nueve y veinte de la sesión veinticinco del Concilio. Su misión consistía en vigilar que las comunidades, tanto masculinas como femeninas, cumplieran con los preceptos establecidos en sus Reglas y Constituciones, cuidando especialmente la ejecución de los votos de pobreza, obediencia y castidad y de cualquier otro que, particularmente, tuviese la orden en concreto, así como la vida en común, alimentos y trajes. Según la jurisdicción a la que perteneciera la Casa: diocesana, regular o vaticana, se encargaba al obispo, provincial o superior de la congregación la realización de la Visita. En el caso en que el convento estuviera bajo la jurisdicción de la Santa Sede debería ajustarse a lo establecido en el Concilio de Letrán, capítulo 11, constitución *In singulis* de Inocencio III debiendo formar congregaciones en el plazo no superior a un año, que sería renovadas por trienios¹⁰.

En los demás casos los encargados de realizar las Visitas serían, en el primer caso, la persona nombrada por el obispo y en el segundo, la persona designada por el Capítulo General de cada Orden, estando, en ambos casos, obligada la comunidad a recibir a los visitantes y a ejecutar sus mandatos.

Estos cánones, dirigidos claramente a la fiscalización de las actividades monacales tanto en el plano espiritual como material, tendrán su manifestación más clara en dos tipos documentales. El primero será básico para definir el organigrama de la comunidad; nos estamos refiriendo a sus Constituciones que se irán modificando o redactando de nuevo para adaptarse a la legislación tridentina.

Así, nos encontramos que ya Pío IV, el 17 de julio de 1565 aprueba las Constituciones del Carmen Calzado elaboradas en 1562, siendo ratificadas

10. M. L. GARCÍA VALVERDE, «El Concilio de Trento: una aproximación a la organización arquitectónica monacal», *Cuadernos de Estudios Medievales y Ciencias y Técnicas Historiográficas* 20 (1995), pp. 93-113.

en 1568 por fray Bautista Rubeo, general de la Orden. En 1583 son aprobadas las Constituciones de las Clarisas Franciscanas, siendo ratificadas en el Capítulo General de 1639. Doce años después, en 1595, lo serán las del Carmen Calzado que habían sido redactadas por fray Juan Esteban Chirola, visitador y comisario apostólico de la Orden. A principios del siglo XVII, el 23 de mayo de 1604, lo serán las de las Agustinas Recoletas, dadas por el maestro provincial Agustín Antolínez a la madre Mariana de san José, fundadora de la recolección agustiniana para el convento de Éibar. Sin embargo, no será hasta el 13 de julio de 1619 cuando por breve de Paulo V se apruebe el texto de las Constituciones de obligado cumplimiento para todas las casas que se instituyeran desde ese momento o que ya estuvieran fundadas. Este texto, elaborado en un primer momento para el real convento de la Encarnación de Madrid, fue ratificado el 25 de noviembre de 1625 por bula de Urbano VIII. Posteriormente, en 1614 y 1667 serán las Capuchinas y las Dominicas, respectivamente, las que vean culminado este proceso. Por último, las más tardías fueron elaboradas en 1888 para la Orden cisterciense, siendo aprobadas el 20 de agosto de 1912 para el real monasterio de Gratia Dei, vulgarmente conocido por la Zaydía.

El segundo tipo documental se refiere al tema, siempre espinoso, de las Visitas a los conventos. Aunque estaba establecido que se realizaran con carácter anual por un visitador nombrado por el ordinario del lugar o el Capítulo General de la Orden, su aceptación fue muy desigual de un convento a otro. En todos se establece la obligatoriedad de aperturar un libro donde se recogieran, cronológicamente, las Visitas con sus mandatos tanto de carácter material como espiritual. A pesar de todo, en raras ocasiones estos libros se llegaron a crear, y cuando se iniciaron no se recoge ninguna visita, quedando en blanco o siendo utilizados para otros fines.

Lo que sí podemos asegurar es que las Visitas se cumplían con puntualidad, hecho constatable por varios motivos como nos lo indica la cantidad ingente de recibos conservados de los viajes y manutención de los provinciales, visitadores o generales a los conventos; de los mandatos que éstos mismos dictaban como consecuencia de la Visita y que abarcaban los más variopintos temas desde los más banales, sobre disposiciones de fiestas particulares de la comunidad hasta los más espinosos como elección de prioras o abadesas, según los casos, confesores o fiscalización de la contabilidad de la comunidad y de los libros propios de las principales oficinas del mismo: enfermería, sacristía o biblioteca.

La segunda materia que legisla Trento se refiere al tema económico, en concreto, a los bienes materiales que podían poseer las religiosas. Las disposiciones tridentinas eran claras: *prohibíanse absolutamente a los regulares la*

GRANADA, Archivo Convento Carmelitas Descalzas,
Libro primero de ingreso y gasto.

propiedad. Sin embargo, ya desde el principio se observan una serie de excepciones que van resquebrajando el cuerpo rígido de la norma y que nos han dejado su huella en la documentación.

Nos estamos refiriendo al tema de los vitalicios, de los testamentos y renunciaciones de legítimas y al de las dotes. En cuanto al primero, llegó a ser tan usual que acabaron convirtiéndose en parte integrante de la dote.

En este sentido Trento dispuso que:

Aunque bien es cierto que no se debería permitir la posesión privada de bienes a las religiosas por cuanto violaba el voto de pobreza, sin embargo, los allegados a las religiosas podrían asignarles una pensión anual o mensual vitalicia con libre disposición para las necesidades ordinarias y usos honestos sin que los superiores se entrometieran en ello¹¹.

Sólo en el caso de mala utilización por parte de la religiosa de este capital se facultaba a la priora para poder intervenir.

En cuanto a las dotes era potestad del Ordinario fijar la cuantía mínima exigible dando libertad a la familia de la aspirante a establecer los máximos.

11. J. TEJADA RAMÍREZ, *El sacrosanto, ecuménico y general Concilio de Trento*. Madrid, 1850, pp. 404-408.

Los valores los fijaba cada diócesis y así en la granadina quedó fijada en unos dos mil ducados. Sin embargo, ésta varía en función de la condición social de la religiosa, así para viudas y mujeres de no muy reconocida virtud y las extranjeras, la cuantía de dicha dote podía ser duplicada o incluso triplicada. Por el contrario, para aquellas novicias que demostraran tener ciertas dotes artísticas ya fuera para el canto o la interpretación musical, el Ordinario, una vez comprobado mediante examen dichas cualidades, podía liberarlas del pago de la dote¹².

Del resto se ha conservado una gran cantidad de documentación no solo en el convento sino en los archivos de protocolos y en las Audiencias, lo que nos habla de la importancia que estos temas llegaron a alcanzar en la España del Antiguo Régimen. Así encontramos, entre otros, escrituras de renuncia de legítimas, títulos de propiedad, constitución de Memorias y Fundaciones Pías, testamentos, pleitos por la adjudicación de bienes, particiones de bienes, inventarios y árboles genealógicos.

El tercer apartado que fue objeto de reglamentación por parte del tridentino fue el régimen interno de las comunidades, centrado básicamente en la clausura que la hizo más rígida, la elección de cargos y, sobre todo, en la entrada y profesión de religiosas. Todos estos temas han dejado una huella profunda en cuanto a génesis documental. No tenemos espacio para analizar qué documentación surge en cada uno de estos apartados por ello nos vamos a centrar, tal vez, en el más interesante de todos por la variedad de tipos documentales que genera¹³. Nos estamos refiriendo a la documentación que genera una mujer cuando decide ingresar en un convento determinado.

-
12. Sobre este tema podemos ver las obras de: S. GÓMEZ NAVARRO, «A punto de profesar: las dotes de monjas en la España moderna. Una propuesta metodológica», *La clausura femenina en España*, coord. F. J. Campos y Fernández de Sevilla, t. 1, 2004, pp. 83-94. M. V. GARCÍA ROMERA, N. PORTI DURÁN, M. ESPINAR MORENO, «Dotes de religiosas en las tierras de Baza y Guadix», *Las mujeres en el cristianismo medieval: imágenes teóricas y cauces de actuación religiosa*, coord. A. Muñoz Fernández, 1989, pp. 275-288. M. M. LOBO DE ARAÚJO, «Dotes de freiras no Mosteiro de Nossa Senhora da Conceição de Braga (século XVII)» *NW noroeste: revista de historia*, nº 1 (2005), pp. 113-136. M. Á. MARTÍN MIGUEL, «La «toma de estado»: capitulaciones matrimoniales y cartas de dote, ingresos de monjas y renunciaciones de legítimas», *Aproximación metodológica a los protocolos notariales de Álava (Edad Moderna)*, coord. M. R. Porres Marijuán, 1996, pp. 93-116. M. I. DE LA PUERTA LÓPEZ, «Escritura de dote y patentes previas a su otorgamiento para profesión de monjas en el convento de las clarisas de la villa de Priego durante los siglos XVIII y XIX», *Codex: Boletín de la Ilustre Sociedad Andaluza de Estudios Histórico-Jurídicos* 2 (2006), pp. 89-104. J. PÉREZ MORENA, «Renunciar al siglo: del claustro familiar al monástico. La funcionalidad social de los conventos femeninos», *Revista de historia canaria*, 187 (2005), pp. 159-188.
13. M. L. GARCÍA VALVERDE, *El archivo en los conventos de clausura femeninos de Granada*. Granada, 2005.

Desde el comienzo de cualquier fundación nos encontramos escrituras de toma de hábito y profesión. Escrituras que, en un primer momento, se realizan de forma esporádica y que para el caso granadino se concentran en la Orden Clarisa y al comienzo de 1537, pero lo que nos interesa resaltar es que la obligación de fijar por escrito, ante notario, las condiciones de la toma de hábito y de la profesión surge tras la celebración del Concilio y no antes.

Para hacernos una idea de lo que Trento supuso en este sentido vamos a fijarnos en algunas de las manifestaciones escritas de un monasterio femenino medio que no sea de fundación real.

En la vida de toda religiosa nos encontramos con dos periodos claramente diferenciados y que darán, por tanto, documentos distintos. El primero se refiere al periodo de interinidad que impone el tiempo del noviciado que abarca desde la toma de hábito a la profesión. Dependiendo de la Orden, oscilará entre uno y tres años y será una etapa de prueba para la aspirante por cuanto en él se va a «examinar» sobre sus cualidades de entrega a la comunidad, de abandono de la vida seglar, de sumisión ciega a la autoridad constituida, de cualidades intelectuales como la lectura, escritura, dotes musicales y, en definitiva, de su adecuación a la vida monástica que había elegido.

La segunda etapa se inicia con la profesión solemne en que la aspirante se convierte en monja de pleno derecho, con la emisión de los votos solemnes y la renuncia, en algunos casos meramente testimonial, de los bienes terrenales. A partir de este momento se integrará en la estructura piramidal de la institución, primero como religiosa sin voz ni voto, pero poco a poco irá adquiriendo unos derechos que se ampliarán a lo largo de su vida.

Ambos periodos dejan su rastro a través de unos restos documentales. Así la primera etapa se inicia con la aceptación, por parte de la comunidad, de la candidata, mediante la votación secreta de todas las profesas y la obtención de la mayoría absoluta de la misma. A continuación, la aspirante de forma individual o conjunta con la comunidad, eleva solicitud al ordinario del lugar o al provincial de la Orden, pidiendo licencia para entrar en comunidad e iniciar el periodo de noviciado. Si es aceptada, se produce la primera de las dos exploraciones que ha de pasar la religiosa.

Concedida la licencia y superada la exploración se procede otorgar la escritura de toma de hábito y obligación de dote entre los padres o tutores de la candidata y la comunidad. En ella se comprometían a entregar una cantidad, bien en metálico, bien en censo, para sufragar los gastos de manutención y vestuario de la novicia. La comunidad, por su parte, se responsabilizaba de la formación de la joven hasta la profesión. Para la realización de este documento era imprescindible la licencia del arzobispo o del provincial que se presentaba en el momento del otorgamiento de dicha escritura y se incluía en ella como prueba de la legalidad del acto.

Y es aquí cuando se lleva a cabo la segunda exploración. Como hemos dicho el Concilio de Trento ordena, que tanto en la toma de hábito como en la profesión se debería realizar la exploración de todas las mujeres que quisieran ingresar en el convento. En ella se les preguntaría por su filiación, condiciones físicas y aptitudes para el trabajo y algunas cuestiones básicas relacionadas con el catecismo. De antemano queremos señalar que esta documentación no se conserva en el lugar de expedición, el monasterio, sino que se conserva en los Archivos Históricos Diocesanos. Es lógico, pues aunque el mismo se realizaba en la comunidad, era el ordinario el encargado de llevarlo a cabo y, por lo tanto, el responsable de su custodia. Constituyen los documentos más tardíos que se ponen en marcha, ya que a pesar de que Trento ordena su inmediata ejecución ésta se demoró hasta mediados del siglo XVIII, llegando el último documento hasta 1911.

Físicamente presentan la forma de un cuaderno, precedido por el traslado del capítulo diecisiete de la sesión veinticinco de Trento en la que se ordena la *exploración* de las religiosas; a continuación, las preguntas del interrogatorio y, finalmente, el examen de cada una de las novicias fechado y firmado por cada una de ellas.

Es en este momento cuando se debería hacer entrega de la dote en efectivo o en censos. Diplomática y jurídicamente, las escrituras de dote, junto con los libros de profesiones, constituyen los documentos más característicos e importantes del mundo monástico. Tanto por el carácter económico que conllevan como por su carácter espiritual, al ser considerados por las comunidades como el documento que materializa el compromiso de la religiosa a permanecer en religión toda su vida. Y es este doble carácter, económico y de estabilidad, por lo que el tratamiento que reciben es tan especial, ya que su lugar de conservación no será el archivo, como pudiera parecer en un estudio superficial de la institución que los ha generado, sino el arca de las tres llaves o de los capitales, es decir, el lugar donde se guardan el dinero, los títulos y privilegios fundacionales.

Escritura de dote podemos definirla como un documento de carácter particular otorgado, al igual que la escritura de toma de hábito, entre la familia de la profesa y la comunidad, por la cual la primera se compromete a entregar una cantidad fija, establecida en cada diócesis, en bienes inmuebles, censos o en metálico a la comunidad como compensación por la renuncia de los bienes patrimoniales que le pudieran corresponder. Como nos indica la profesora Marchant son documentos similares a las capitulaciones matrimoniales, ya que, en ambos casos, la mujer «toma estado» y recibe para ello una dote¹⁴.

14. A. MARCHANT RIVERA, *Las religiosas del Cister malagueño. Catálogo de las cartas de profesión de la Abadía de Santa Ana*. Málaga, 2010, p. 7.

De esta escritura se sacaban dos traslados autorizados, uno que se le entregaría al provincial o al vicario para su custodia en sus respectivos archivos y otra copia que se quedaba en la comunidad como prueba del compromiso¹⁵.

Por tanto la relación de la comunidad con el mundo notarial se manifiesta básicamente en dos momentos significativos: el primero es este, es decir el previo a la profesión, y el segundo en todos los asuntos relacionados con la economía y administración de la institución, con las compraventas, arrendamientos, cartas de poder, institución de capellanías o nombramientos de mayordomos. Actuaciones que requieren la extensión de un instrumento documental en pública forma¹⁶.

Tras su otorgamiento se procedía a la profesión solemne que es la que se realiza de viva voz y con ciertos ritos y ceremonias para dar un carácter excepcional al acto. Suelen estar determinadas por las Constituciones de las distintas órdenes y generalmente se reducen a recitar de viva voz, dentro de la iglesia, la fórmula de los votos, cuya promesa tiene que recibir el superior, bendecir a la que va a realizar la profesión, recitando varias preces para que infunda gracia sobre ella y le de las fuerzas necesarias para cumplir las obligaciones de su nuevo estado¹⁷.

Tras la profesión se procedía a su registro en el libro de profesiones. Los asientos, redactados en forma de acta, eran escriturados por la priora, subpriora (en sustitución de la anterior), secretaria o clavaria y en menor medida por la religiosa, el provincial o el vicario, eclesiásticos, estos últimos, ante los que se realizaba la profesión y que actuaban en representación del general o del ordinario del lugar. Todos los asientos eran rubricados por las personas que intervenían en el acto de la profesión comenzando por la profesora y continuando por el resto de intervinientes en orden jerárquico y de izquierda a derecha (provincial, priora y clavaria)¹⁸.

Junto a estos cuatro momentos básicos para cada religiosa encontramos otras actuaciones intermedias que varían en función del status social de la mujer y de la propia fundación religiosa. Entre estas categorías podemos encontrar los permisos paternos, partidas de bautismo, ratificación de promesa de

15. M. L. GARCÍA VALVERDE, *El archivo...*, 2005, p. 286.

16. E. MENDOZA GARCÍA, «La clausura femenina en España en el siglo XVII a través de los *manuales de escribanos* y documentos notariales de Málaga», *La clausura femenina en España. Actas del Simposium (1-4 septiembre-2004)*, coord. F. J. Campos y Fernández de Sevilla, vol 1, 2004, p. 250.

17. P. B. GOMAYO *Instituciones de derecho canónico*. 3º ed. Madrid, 1870, p. 323.

18. J. M. DE LA OBRA SIERRA, M. J. OSORIO PÉREZ, M. A. MORENO TRUJILLO, «Mujer y cultura escrita. A propósito del libro de profesiones del Convento de San José de Granada (1584-1684)», *Estudis Castellonencs* 6 (1994-1995), pp. 963-997.

GRANADA, Archivo Convento Carmelitas
Descalzas, Libro primero de profesiones

dote, las cédulas de presentación real para aquellas Casas fundadas por intervención real y las cartas de profesión para aquellas comunidades con voto de estabilidad en el lugar como jerónimas, cistercienses y clarisas.

De entre todas ellas queremos hacer hincapié en este tipo documental, porque es quizás uno de los pocos documentos redactados por las religiosas en el pleno ejercicio de su libertad, sin ataduras ni condicionantes; porque es un documento interno que no está pensado para ser visto por nadie y porque expresan el compromiso firme de la religiosa a permanecer en un solo lugar sin necesidad de trasladarse a ningún otro cenobio. Nos estamos refiriendo a las cartas de profesión¹⁹.

19. A. MARCHANT RIVERA, op. cit., p. 36.

GRANADA, Archivo Monasterio cisterciense de
san Bernardo, Carta de Profesión de sor
Ana Luisa de San Juan, 1745

No hemos localizado ninguna carta de profesión que se remonte más allá del siglo XVI. Parece ser que el mayor impulso de este tipo documental vendría determinado precisamente por la promulgación del Concilio de Trento.

La carta de profesión es un documento interno entre el convento y la religiosa, en el que se prometen estabilidad, conversión de costumbres y obediencia en fidelidad a la Regla y a las Constituciones. Es la constatación de un acto de consagración espiritual y vínculo jurídico unilateral en cuanto que consiste en una promesa incondicional de sumisión a Dios y a la Orden, representada por la abadesa.

El texto de la carta podía variar de unos conventos a otros, incluso en una misma Orden, pero en cualquier caso es fiel reflejo de la promesa. Es pues,

un documento, de derecho canónico aunque privado, que ostenta los nombres de la profesa, la abadesa y el obispo o su representante y debe ratificarse con estas tres firmas. El texto ocupa solamente el recto del folio, y no lleva datos complementarios en el verso. Suelen llevar la fecha, aunque es un elemento no siempre constante.

La piedad monjil adornó, o hizo adornar, la mayoría de estas cartas enriqueciéndolas con un valor añadido: dibujos o pinturas que van desde la simple greca geométrica, guirnalda floral, molduras de cuadro, cartela decorativa, que enmarcan el texto de una caligrafía cuidada, generalmente, en tinta roja y negra, presidido por imágenes religiosas alusivas a las advocaciones de la religiosa o a la Orden.

Pocas semanas antes de que tuviese lugar la ceremonia de la profesión, la religiosa era autorizada a elaborar su carta, bien personalmente o con ayuda de otra monja o de una persona ajena al convento, posiblemente algún profesional del dibujo o de un calígrafo. Desgraciadamente no se ha localizado ningún documento que mencione el pago a posibles dibujantes o calígrafos o la compra de pergamino, papel o tinta para su realización.

La Carta formaba parte importante en el ritual, pues debía ser leída, en voz alta, por la religiosa por la que prometía estabilidad y conversión de costumbres y obediencia «hasta la muerte», según la Regla que profesare. La abadesa en nombre propio y de la comunidad recibe y acepta el voto; tras lo cual la profesa firmaba el acta y permanecía en el altar mayor dentro de la celebración de la misa donde se llevara a cabo la profesión²⁰. Ritual que ya viene establecido en la Regla de San Benito cuando señala:

«El que va a ser admitido, prometa delante de todos en el oratorio perseverancia, conversión de costumbres y obediencia ante Dios y sus santos, para que, si alguna vez cambiara de conducta, sepa que ha de ser juzgado por Aquel de quien se burla. De esta promesa redactará un documento en nombre de los santos cuyas reliquias se encuentran allí y del abad que está presente. Este documento lo escribirá de su mano, y, si no sabe escribir, pedirá a otro que lo haga por él»²¹.

Otro de los temas objeto de reglamentación durante el Concilio serán los vinculados con la gestión económica. Ya desde la Edad Media los conventos femeninos se comienzan a transformar en unidades de explotación básica

20. A. MERCHANT RIVERA, op. cit., p. 38.

21. *La Regla de San Benito*. Introducción y comentarios por García M. Colombás. 3ª ed. Madrid, 2000. Capítulo LVIII: *La admisión de los hermanos* y M. DEL V. GONZALEZ DE LA PEÑA, «Aspectos gráficos y visuales de las cartas de profesión monásticas», *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita* 4 (1997), pp 67-78.

a partir de las cuales se articula la economía de la comunidad religiosa. Transformación que se irá incrementando hasta su total materialización tras el Tridentino. A partir de entonces las preladas serán las responsables directas de la buena o mala administración de su comunidad, ayudadas, eso sí, por un mayordomo que podía o no pertenecer a la Orden. Mayordomos o administradores y religiosas estaban, pues, al frente de la contabilidad conventual aunque, eso sí, con una clara especialización. El mayordomo se ocupa de los libros de cuentas ordinarios de los bienes situados extramuros de la comunidad y las religiosas de los libros de entrada y salida de capitales custodiados en el arca.

De esta manera, el mayordomo cobraba las rentas, obligaba a pagar a los que debían dinero, pregonaba los arrendamientos, extendía recibos y cartas de pago, renovaba los apeos, y se ocupaba del abastecimiento del monasterio, dado que la clausura estricta establecida para las religiosas las imposibilitaba para abastecerse por su cuenta. El dinero que cobraba era entregado, en parte, a la abadesa y al vicario del convento, para hacer frente a los gastos ordinarios del mismo; la otra parte servía para pagar los gastos de abastecimiento, tributos, impuestos, cargas o salarios.

LA PUESTA EN FUNCIONAMIENTO DEL CONCILIO DE TRENTO

A partir de Trento las disposiciones emanarán directamente de Roma, siendo los Definitorios los encargados de adaptarlas a sus distintas idiosincrasias. Así, recién terminado el Concilio, san Carlos Borromeo impulsará la reforma que, en un primer momento, será de carácter archivístico, pero que acabará afectando a la escrituración de los diferentes documentos²².

Su idea gira en torno al concepto básico de la conservación de toda la documentación generada por un ente eclesiástico. Establece que para llevar a cabo un mejor control de los documentos, éstos deberían unirse formando volúmenes cuyas páginas estuvieran foliadas. A cada volumen se le adjuntaría en la cubierta una descripción somera de su contenido para favorecer el estudio y la conservación de las escrituras. Establece, asimismo, que una copia auténtica de todos los censos y licencias correspondientes a un determinado convento deberían custodiarse en el archivo arzobispal para garantizar la supervivencia de los derechos patrimoniales sobre un determinado bien.

San Carlos Borromeo no sólo dio disposiciones de carácter genérico aplicables a cada tipo de archivo eclesiástico sino que dio normas concretas para la redacción de inventarios e índices, utilización del sello episcopal en su propia diócesis de Milán, redacción de libros parroquiales, registro de Visitas Pastorales, indulgencias, altares, cementerios, bienes legados y Obras Pías.

22. T. BURON CASTRO, «Archivología una mirada hacia atrás», *ANABAD* XLIII (1993), pp 7-30.

En el concilio provincial celebrado en Milán en 1565 y convocado por el propio san Carlos, se ordena a todos los beneficiados y administradores de bienes eclesiásticos y Obras Pías, la creación de un inventario donde debería hacerse constar la descripción exacta de los documentos con indicación de la data, el nombre del escribano y un resumen claro y conciso de su contenido, así como una relación cronológica y exacta de su evolución en el tiempo.

Para la consulta establece que para aquellos documentos antiguos o que contuviesen algunos privilegios o derechos de propiedad, el uso de los mismos sería restringido y sólo a través de copias auténticas, prohibiéndose expresamente la salida de los documentos originales del fondo. Del resto de los documentos, junto a aquellos no autenticados o copias de instrumentos de descripción, se podrán consultar dándole al interesado una copia de los mismos y recibiendo de él un recibo con los datos esenciales del documento en cuestión.

Su muerte impidió poner en práctica toda la normativa creada para la constitución y organización de la documentación, sin embargo el reconocimiento a su labor llegó de manos de Pío V y su breve *Inter omnes*, publicado el 6 de junio de 1566 en donde se ordena que las normas establecidas por san Carlos Borromeo para su diócesis deberían ser observadas por el resto de las iglesias tanto seculares como de regulares sujetos a la Sede Apostólica²³. Podemos decir que fue la actuación de san Carlos Borromeo la que propició la ordenación y sistematización de las propuestas surgidas en el Concilio de Trento en materia archivística y documental.

Esta nueva normativa se reflejará, como ya hemos dicho, en la aparición de nuevas formas: informaciones de novicias, inventarios, libros de síndicos y administradores, disposiciones de las casas, escrituras del convento, calificaciones capitulares o conclusiones del Definitorio, libros de patentes o copiadores de disposiciones ordinarias de los provinciales, libros de memorias, etc, siendo la gran novedad la reforma de los libros Beceros que se acaban convirtiendo en el repertorio clásico conventual

La catarsis que se produjo a raíz de la celebración y puesta en marcha de las disposiciones tridentinas fue tal y llegó a tales extremos que durante el siglo XVII se publicaron un manual de escribano y tres compilaciones con los decretos de los Definitorios, dos pertenecientes a la Orden Cisterciense en 1633 y 1683 y una de la Orden Franciscana en 1651, que trataban sobre la documentación histórica. En ellos se establece la realización de traslados de todos los privilegios y escrituras antiguas; la realización de extractos de la documentación judicial, la apertura de nuevos libros como el de la elección de cargos, la realización de biografías de las religiosas y la redacción de las crónicas de la casa.

23. G. PLATANIA, *Lineamenti di Scienza archivistica*. Udine, 1983, pp. 217 - 221.

También durante el primer tercio del siglo XVII, la Orden Franciscana publicó un *Manval de Escrivanos Vtil para los legados, y escritvras, tocantes a la Orden de San Francisco, de la Regular Observancia*, publicado por fray Diego Bravo en 1633 con la intención de *abrir senda y camino de oro a los Escrivanos, para el modo con que se han de hazer las escrituras, testamentos, y demás cosas que hablan, tocan o pertenecen en sus oficios a la Regular Observancia, y Orden de N.P.S. Francisco*²⁴, con la intención de evitar errores y actos nulos por desconocimiento jurídico.

Las numerosas referencias que contiene la obra en este sentido nos llevan a pensar que era muy cotidiano a lo largo de estos siglos encontrar actos jurídicos que contravenían las disposiciones de la Regla franciscana y que por este motivo cualquier donación, fundación pía o testamento podían estar viciadas desde el mismo momento de su redacción. Los *capítulos* del Manual van, pues, dirigidos a procurar la validez de los actos y negocios jurídicos, sobre todo en aquellos que afectaban a las donaciones *intervivos o mortis causa*, es decir los encaminados a sufragar las necesidades de los conventos.

Es por ello, por lo que las escrituras debían ajustarse, de forma escrupulosa, a lo establecido en la Regla, aunando la voluntad del testador y los intereses religiosos. El Manual establece que, en casos de desajuste, se busquen fórmulas alternativas que atiendan, en lo posible, la voluntad del causante sin desvirtuar por ello la pureza del espíritu franciscano. La obra está concebida para toda la Orden Franciscana sin tener en cuenta las peculiaridades de cada casa, reino o derechos civiles históricos.

EL SIGLO XVIII Y LA *MAXIMA VIGILANTIA*

El siglo XVIII inaugura una mentalidad racionalista que junto al movimiento ilustrado, presente en todas las actividades del hombre, artísticas, literarias, religiosas, históricas, alcanza también al campo de la génesis documental. Es el periodo donde se destaca la importancia del documento o, más exactamente, el conjunto documental incluido en un archivo por encima del lugar o depósito donde éste se conserva²⁵.

En efecto, será precisamente durante esta centuria cuando se vuelva a dar un nuevo impulso a la legislación archivística. Por lo tanto, se impone la necesidad de elaborar nuevos instrumentos de descripción, nuevas ordenaciones y nuevos libros donde se recogieran, ordenados por materias, los fondos

24. D. PELÁEZ PORTALES, «El Manual de escrivanos del Belalcaceño P. Fray Diego Bravo (siglo XVII)», *V Curso de Verano El Franciscanismo en Andalucía*, coord. M. Peláez del Rosal. Córdoba, 2001, p. 400.

25. *Historia de los archivos y de la archivística en España*. Valladolid, 1998. p. 46.

documentales, dando lugar a los inventarios y libros Becerros que ya no van a faltar en ninguna Orden. La primera normativa legal que nos encontramos será la Constitución *Maxima Vigilantia* de 14 de junio de 1727 elaborada por Benedicto XIII que a pesar de haber sido gestada para un lugar concreto, Italia y sus islas adyacentes, pronto se extenderá por todo el orbe.

En ella, se da una nueva visión a los libros Becerros que deberían contener la relación de toda la hacienda y posesiones que tiene el convento, así como los bienes raíces, dineros y especies, los antiguos poseedores y la relación de los títulos de cada uno de ellos para que sirva de instrumento de conservación y defensa de sus derechos.

También se establece la necesidad de llevar una relación de los pleitos que se han seguido o se siguen, sus motivos, trámites, sentencias y oficios, dónde pasaron los procesos y ante quien se otorgaron las escrituras. Igualmente, se impone la obligación de sacar copias de los documentos antiguos o en mal estado de conservación. Pero esta normativa, que ya había sido prefigurada en 1633, sufre una modificación interesante al decir que se unan las copias al original dejándolas con él en el mismo lugar²⁶.

Durante todo este siglo se observa una corriente de carácter historiográfico que, inscrita en la Ilustración, contribuye no sólo a potenciar el interés por los archivos sino también a la realización de anales, crónicas y compilaciones. En este sentido se puede situar el decreto de 20 de septiembre de 1745 dado por el Definitorio del Carmen Descalzo para la remisión efectiva al archivo general de la Orden de toda la información contenida en los libros de los conventos digna de ser incluida en la historia de la Orden. En este definitorio se encarga a los provinciales su recto cumplimiento y se le encomienda la coordinación de la recogida de datos para ser utilizados en las crónicas que a partir de este momento comienzan a ver la luz²⁷.

También la Orden cisterciense utilizará las corrientes ilustradas en su Recopilación de 1786 en la que se ordena el registro de la documentación y en la elaboración de los libros Becerros que debían contener la relación de toda la hacienda y posesiones del convento, así como los bienes raíces, dineros y especies, los antiguos poseedores y la relación de los títulos de cada uno de ellos para que sirva de instrumento de conservación y defensa de los derechos patrimoniales de las comunidades²⁸. En ella se establece la necesidad de llevar una relación de los pleitos que se han seguido o se siguen, sus motivos

26. M. L. GARCIA VALVERDE, *El archivo...*, 2005.

27. SILVERIO DE SANTA TERESA, *op. cit.*, v. XII, p. 16.

28. L. SEGALÉS CISQUELLA, «Estructura institucional y legislación sobre archivos en la congregación cisterciense de san Bernardo de Castilla», *Memoria Ecclesiae* VII, 1995, 187-206.

y trámites, sentencias y oficios, dónde pasaron los procesos y ante quien se otorgaron las escrituras. Igualmente, se impone la obligación de sacar copias de los documentos antiguos o en mal estado de conservación. Pero esta normativa, que ya había sido prefigurada en 1633 sufre una modificación interesante al establecer la unión de las copias a los originales, dejándolas juntas en un mismo lugar donde debían permanecer con *aseo* y ser manejadas con *inteligencia*.

LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX. FINAL DE UNA ETAPA

La primera mitad de la centuria decimonónica será una prolongación de la anterior. Así se insiste en la necesidad de remitir las copias de los documentos más significativos a los archivos generales y conservar la documentación histórica en un lugar adecuado. Sin embargo, el cumplimiento de estas normas tendrá un desarrollo muy desigual dependiendo de la Orden. Así, en la mayoría de ellas se intenta *cuidar* todo aquello relativo a su fundación y bienes raíces como la traslación de los libros Becerros que habían sido elaborados durante el siglo XVIII, siendo en el caso granadino las órdenes Cistercienses, Clarisas y Agustinas Recoletas las más cumplidoras al elaborar nuevos inventarios y libros becerros. Por el contrario, otras como la Dominica no realizaron ni inventarios ni libros becerro sólo una breve crónica de su fundación, bastante escasa en datos históricos fidedignos y contrastables. Lo que sí hemos podido constatar es que la organización del archivo se realizó en este periodo de tiempo, reunificando la documentación en títulos, cosidos y foliados en la mayor parte de los casos.

LA PRODUCCION LITERARIA ENTRE LAS RELIGIOSAS

Para concluir esta exposición creemos necesario hablar de un tema con una repercusión amplia pero que, hasta hace poco tiempo, ha pasado desapercibido para la historiografía contemporánea. Nos estamos refiriendo a las religiosas escritoras.

Para centrar el tema diremos que, por lo general, para las religiosas el hecho de escribir responde más a un mandato espiritual o a la necesidad de expresar sus inquietudes espirituales que a la necesidad de dejar constancia de su producción literaria; es por este motivo por lo que la mayoría de los textos conservados en los distintos conventos son anónimos y difícilmente se les puede atribuir una autoría en concreto. Solo en aquellos casos en que obedecen a un mandato específico del confesor o del superior jerárquico, abadesa o priora, es cuando podemos conocer a la autora. Al menos, en nuestra experiencia, será la Orden Capuchina la más prolífica a la hora de dejar constancia

de las religiosas que habitaron el monasterio. Son innumerables y muy ricos los relatos biográficos de monjas redactados por sus compañeras. Relatos que se pueden tratar como auténticas hagiografías pero que no se les puede negar la frescura en su estilo, la cercanía en su redacción y el humor inteligente y sutil que demuestran a lo largo de sus escritos.

Estas obras nos permiten profundizar, en numerosas ocasiones, en el desarrollo vital de la comunidad²⁹.

La escritura es, por tanto, una de las actividades más importantes de las religiosas dentro de la comunidad. Aunque el estudio no fuera una prioridad inmediata para una religiosa, sin embargo, debían tener un cierto conocimiento y habilidad para la lectura, escritura y gramática latina que le permitiera seguir el desarrollo del Oficio Divino, algunas de ellas debían tener dotes musicales y matemáticas para poder llevar a cabo las funciones propias de la administración de la comunidad. Dotes intelectuales que, en la mayoría de los casos, se utilizaban como sustitutivo del pago de la dote.

Otra de las necesidades que tiene la religiosa para escribir es el sentimiento religioso, el deseo de transmitir su experiencia, el deseo de alabanza a Dios o a los santos de su devoción; intención que acabará por desterrar de sus escritos la rigidez doctrinal imprimiéndoles un carácter subjetivo y de gran variedad interpretativa. Aún en los casos en que la relación con el confesor sea muy estrecha la religiosa siempre acabará introduciendo en sus escritos, pensamientos, opiniones y reflexiones personales que no comparten las indicaciones marcadas de antemano³⁰.

En la mayor parte de los casos, se trata de obras de carácter místico, que al menos en España y a partir del siglo XVI se debe a la influencia de Santa Teresa como religiosa y como escritora. María Milagros Rivera Garretas ha insistido en diversos artículos y libros sobre «el miedo a escribir» por parte de la mujer medieval y moderna. Podría añadirse a este miedo real otro que quizás influyera de igual manera en la escasez de escritos femeninos en España en la Edad Media y Moderna que es el miedo a ser leído.

En efecto, Rivera Garretas fundamenta esta aseveración en las constantes disculpas que aparecen en los prólogos cuando la autora es mujer. Más allá de que estas disculpas puedan funcionar como un procedimiento de «modestia» esperable en un prólogo, lo que realmente preocupa a las mujeres escritoras es la recepción de sus escritos por un público fundamentalmente masculino. En este sentido, el conflicto se sitúa en torno a la autoridad o falta de autoridad

29. M. DE FIRIDE, R. CARAMELLA DE GAMARRA, S. MARTÍNEZ DE LECUONA, H. FIORI ROSSI, *La palabra oculta: monjas escritoras en la Hispanoamérica colonial*. Salta, 2008, pp. 15-17.

30. Ibidem, p.47.

de una mujer para escribir, para enseñar o demostrar conocimientos. Curiosamente, la literatura que más prolifera entre las religiosas escritoras es la autobiográfica como diarios y epistolarios, en especial las encuadradas en el siglo XVII, que solían repasar los sucesos más notorios de su vida, siguiendo las indicaciones o las órdenes expresas de sus directores espirituales.

De todas las maneras, las comunidades religiosas estaban sometidas siempre en último término a un director espiritual y a las jerarquías eclesiásticas. De hecho, fue en muchos casos la autoridad que ejerció sobre ellas el confesor, lo que motivó a las monjas a poner por escrito sus experiencias y reflexiones. Muchas de ellas, siguiendo esta literatura de encargo, escribieron así sus «vidas» u obras hagiográficas sobre otras compañeras de Orden, redactando unos textos, en algunos casos muy valiosos, con una total ausencia de motivación literaria, movidas únicamente por el sentimiento de obediencia debida y un propósito ejemplarizante.

Aunque no es frecuente, también encontramos casos de religiosas con una gran formación que llegaron a publicar textos de contenido doctrinal y místico o incluso composiciones poéticas de gran altura. Un caso que habría que mencionar aparte es el de María Machuca, que profesó en la Orden de Carmelitas Descalzas con el nombre de sor María de la Cruz. Autora de un importante número de tratados doctrinales de carácter místico y de composiciones poéticas que escribió alentada por su director espiritual, vio sometida a severo examen su obra por parte del padre provincial de la Orden, que haría finalmente desaparecer sus libros, prohibiendo a la religiosa que continuara con su labor literaria.

Afortunadamente, María Machuca consiguió permiso tiempo después para volver a escribir, pero lo cierto es que sufrió las consecuencias de la obsesiva persecución de la ortodoxia católica motivada por el espíritu de la Contrarreforma.

Otra religiosa que desarrolla su producción literaria durante el antiguo Régimen será Mariana de san José religiosa fundadora de la recolección agustiniana que vivió durante el siglo XVII³¹, posee una dilatada producción literaria entre las que se encuentra su propia autobiografía que lleva por título: *El libro de su vida desde su niñez hasta su llegada a Madrid* obra manuscrita redactada entre 1610 y 1611; en la que se narra los principales acontecimientos de su existencia hasta la fundación del convento de Palencia. *Diario espiritual, Colección de cuentas de conciencia, Comentarios al Cantar de los Cantares* por citar solo algunos de ejemplos.

31. M. L. SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, «Vida cotidiana y coordinadas socio-religiosas en el epistolario de Mariana de san José (1603-1638)», *Memoria e comunità femminili: Spagna e Italia. Secc XV-XVII*, coord. G. Zarri y N. Baranda Leturio. Firenze, 2011, p. 87.

TOLEDO, Archivo Monasterio de capuchinas, Correspondencia
de sor Lorenza Bernarda, 1661

Los ejemplos de monjas escritoras salpican la geografía española pero hemos querido traer aquí estos ejemplos para hacer hincapié en la necesidad de realizar estudios sobre la producción escrituraria de la mujer en el ámbito religioso.

BIBLIOGRAFIA

- BURON CASTRO, T., «Archivología una mirada hacia atrás», *ANABAD* XLIII (1993), pp 7-30.
- CAVERO DOMÍNGUEZ, G., «El monacato medieval en el Noroeste Ibérico», *Congreso territorial del Noroeste Ibérico (Ponferrada 5-10 de noviembre 2012)*. <https://www.yumpu.com/es/document/view/14474604/20121106-gregoria-cavero-ponencia-primer-congreso->
- CAVERO DOMÍNGUEZ, G., «El monasterio medieval, sede de solar nobiliario y refugio de mujeres de la aristocracia», *Monasterios y nobles en la España del románico: entre la devoción y la estrategia*. Aguilar de Campoo, coord. J.A. García Cortázar, R. Teja, Palencia, 2014, pp 99-135.
- CISQUELLA, L., «Estructura institucional y legislación sobre archivos en la congregación cisterciense de san Bernardo de Castilla». *Memoria Ecclesiae* VII. Oviedo, 1995, 187-206.

- DUCA, S., PANDZIC, B., *Archivistica ecclesiastica*. Vaticano, 1967.
- GARCÍA DE CORTAZAR Y RUIZ DE AGUIRRE, J. A., «Monasterios hispanos en torno al año mil: función social y observancia regular», *Ante el milenario del reinado de Sancho el Mayor: un rey navarro para España y Europa, XXX Semana de Estudios Medievales*, Pamplona, 2004.
- GARCÍA ORO, J., «La documentación franciscana española. Notas para una archivística y diplomática franciscana», *Archivo Ibero-Americano* XLII, 2º época (1982). pp. 7 - 74.
- GARCÍA VALVERDE, M. L., «El Concilio de Trento: una aproximación a la organización archivística monacal», *Cuadernos de Estudios Medievales y Ciencias y Técnicas Historiográficas* 20 (1995), 93-113.
- GARCÍA VALVERDE, M. L., *El archivo en los conventos de clausura femeninos de Granada*. Granada, 2005.
- GOLMAYO, P. B., *Instituciones de derecho canónico*, 3ª ed. Madrid, 1870.
- GÓMEZ NAVARRO, S., «A punto de profesar: las dotes de monjas en la España moderna. Una propuesta metodológica», *La clausura femenina en España*, coord. F. J. Campos y Fernández de Sevilla, t. 1, 2004, pp. 83-94.
- GONZALEZ DE LA PEÑA, M. V., «Aspectos gráficos y visuales de las cartas de profesión monásticas», *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita* 4 (1997), pp 67-78.
- HISTORIA de los archivos y de la archivística en España*. Valladolid, 1998.
- IRIDE, M. F., GAMARRA, R. C., MARTÍNEZ DE LECUONA, S., FIORI ROSSI, H., *La palabra oculta: monjas escritoras en la Hispanoamérica colonial*. Salta, 2008.
- LECLERQ, J., «Los Capítulos Generales del Cister, de Cluny y de los Dominicos», *Concilium* 77 (1972), pp. 102-107.
- MARCHANT RIVERA, A., *Las religiosas del Cister malagueño. Catálogo de las cartas de profesión de la Abadía de Santa Ana*. Málaga, 2010.
- MÁRQUEZ, V. M., «Constitutio de Clementis Papae IV in elucidationem Cartae Caritatis. Parvus Fons», *Cistercium* 194 (1994), pp 485-502.
- MENDOZA GARCÍA, E., «La clausura femenina en España en el siglo XVII a través de los manuales de escribanos y documentos notariales de Málaga», *La clausura femenina en España. Actas del Simposium (1-4 septiembre-2004)*, coord. F. J. Campos y Fernández de Sevilla, vol 1, 2004, pp. 249-268.
- OBRA SIERRA, J. M., OSORIO PÉREZ, M. J., MORENO TRUJILLO, M. A., «Mujer y cultura escrita. A propósito del libro de profesiones del Convento de San José de Granada (1584-1684)», *Estudis Castellonencs* 6 (1994-1995), pp. 963-997.
- PELÁEZ PORTALES, D., «El Manual de escribanos del Belalcaceño P. Fray Diego Bravo (siglo XVII)», *V Curso de Verano El Franciscanismo en Andalucía*, coord. Manuel Peláez del Rosal. Córdoba, 2001.
- PLATANIA, G., *Lineamenti di Scienza archivistica*. Udine, 1983.
- REGLA DE SAN BENITO, LA. Introducción y comentarios por García M. Colombás, 3ª ed. Madrid, 2000.
- SAGALES CISQUELLA, L., «Estructura institucional y legislación sobre archivos de la Congregación cisterciense de san Bernardo de Castilla», *Memoria Ecclesiae VII* (1995), pp. 187-206.

- SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, M. L., «Vida cotidiana y coordenadas socio-religiosas en el epistolario de Mariana de san José (1603-1638)». *Memoria e comunità femminili: Spagna e Italia. Secc XV-XVII* coord. G. Zarri y N. Baranda Leturio. Firenze, 2011.
- SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen Descalzo en España*. Burgos, 1935.
- TEJADA RAMÍREZ, J., *El sacrosanto, ecuménico y general Concilio de Trento*. Madrid, 1850.
- VALLE PÉREZ, J. C., «La introducción de la Orden del Cister en los Reinos de Castilla y León. Estado de la cuestión», *La introducción del Cister en España y Portugal*. Burgos, 1991, pp. 133-161.